

Andrea Izquierdo

ESCAPE

LAS SIETE POCIONES

Ilustraciones de Lehanan Aida

© de la obra: Andrea Izquierdo, 2018

© de las ilustraciones: Lehanan Aida, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

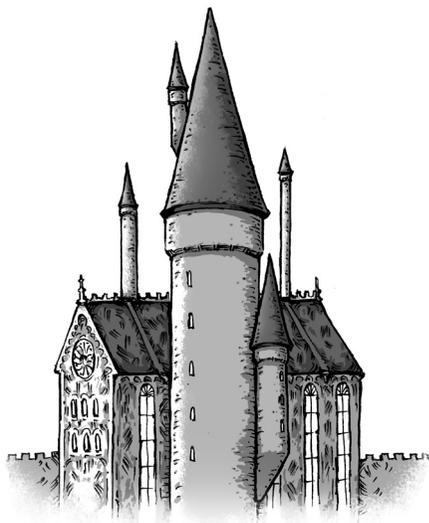
Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-40-8

Depósito Legal: M-2854-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mis padres, mi apoyo incondicional.



JASPER

Un chico pálido, de pelo y ojos oscuros, recorría Princes Street en bici a toda prisa. Pese a ser Edimburgo una ciudad madrugadora, las calles aún seguían semivacías, mojadas por los restos de la lluvia nocturna. Llevaba puesto un abrigo largo de color gris y unos zapatos Oxford con suela de goma. A su espalda cargaba una abultada mochila negra, a juego con su jersey de punto. Por su aspecto distante, cualquiera diría que circulaba sin rumbo, dando vueltas sin sentido. Sin embargo, él sabía muy bien adónde iba.

Aquella mañana de octubre, el cielo tenía un tono diferente. Aunque la habitual capa de nubes cubría el sol, algunos rayos escapaban de su prisión para iluminar la famosa calle por la que circulaba Jasper. Tras intentar en vano cubrirse más con la fina bufanda, se puso la capucha y aumentó la intensidad de sus pedaleos. Las tiendas de *souvenirs* escoceses que había a ambos lados de la calle levantaban las persianas en ese momento. Esa era la señal inequívoca de que llegaba muy justo a clase y, como de costumbre, se refugió en la esperanza de que quizás ese día hubieran decidido abrir al público un poco antes.

Frenó cuando el semáforo se puso en rojo y miró al frente.

Le gustaba seguir esa ruta para contemplar el monumento a Walter Scott: una torre ennegrecida por los años y el clima. La construcción rozaba los sesenta metros de altura y era el monumento más grande erigido en honor a un escritor. Aunque el símbolo más emblemático de su ciudad era el gran castillo que en esos instantes tenía a un lado, siempre había preferido observar los personajes del autor que se escondían en la aguja de estilo gótico. En cuanto el semáforo se puso en verde, se impulsó con la bici y giró a la derecha, entrando por The Mound. Continuó por George IV Bridge, dejando atrás la biblioteca nacional de Escocia y, unos metros más allá, el museo, y se internó en Chapel Street, donde redujo la marcha. El recorrido total no duraba más de doce minutos, pero a menudo lo realizaba en ocho o nueve. Eso era lo bueno de atravesar la ciudad a primera hora de la mañana: no había turistas, sólo aquellos que iban a trabajar o, como en su caso, estudiantes que apuraban los últimos minutos del reloj.

A pesar de que hoy era su cumpleaños, Jasper estaba enfadado. Pedaleaba tenso, con la mandíbula apretada en un permanente gesto de crispación. Su mente estaba llena de pensamientos negativos. Si en un universo paralelo el aura fuera visible, probablemente la suya adoptaría la forma de una espesa nube negra capaz de opacar todo a su alrededor. Una nube tormentosa.

Aun así, había decidido ir a la universidad. Podría haberse quedado tranquilamente en casa viendo una serie y sus padres no le habrían dicho nada. De hecho, ni siquiera habría tenido que mentir alegando cualquier pretexto; bastaría con que no hubiera salido de su cuarto y las habitaciones colindantes para que ellos ni se hubiesen dado cuenta de que su hijo no había ido a clase el día de su vigésimo segundo cumpleaños.

Pedaleó con más intensidad en cuanto entró en el campus de la Universidad de Edimburgo. Aunque en el exterior hacía un frío propio de enero, bajo el abrigo sudaba y tenía ganas de llegar a clase sólo para quitárselo. Esa calle era una de las más turísticas de la ciudad, aunque la entrada al recinto no estaba a la vista, sino a la vuelta de la esquina, en una bocacalle menos concurrida. Pero a esas horas no había nadie por la zona salvo estudiantes demorando la entrada para fumar un cigarro frente a la fachada o aparcando las bicis en el *parking*. Dejó ahí la suya, atándola con cuidado. Mientras lo hacía, su abrigo rozó la bicicleta de al lado y se ensució de negro. Jasper maldijo entre dientes e intentó frotarlo para que se secara rápidamente, pero lo único que consiguió fue extender la mancha. Entonces tomó aire y se obligó a pensar en lo que le esperaba en las próximas horas. Sólo tendría que aguantar un par de clases y volvería a casa para descansar un rato y quedar con sus amigos.

Sin fijarse mucho en si algún compañero seguía por ahí, fue directo al edificio donde se impartían las clases mientras se desabotonaba el abrigo. Cualquiera otro día habría buscado una cara conocida entre la multitud para no entrar solo, pero ahora no le apetecía entablar conversación con nadie; más bien, prefería pasar lo más desapercibido posible. La situación en casa en las últimas semanas y la indiferencia de sus padres ese veintitrés de octubre lo habían desanimado por completo.

La universidad no era muy grande, por lo que resultaba prácticamente imposible perderse, pero los nuevos alumnos siempre cometían el error de entrar en el edificio más amplio, convencidos de que ahí estaría su aula. En el centro del recinto había una explanada de césped donde salían a descansar en su tiempo libre si el clima lo permitía, y la

universidad tenía sólo dos plantas. En el fondo del jardín se alzaba una cúpula de un desgastado azul claro. No era muy grande, pero sí lo suficiente para albergar diversas ramas del conocimiento, como Historia, Música, Ciencias o Arte. En su clase de Estudios Políticos y Legales no serían más de cincuenta alumnos y, al ser un grupo reducido, la enseñanza era mejor.

Caminó por la zona asfaltada para evitar mojarse los zapatos y recorrió el camino con premura. Los viernes daban clase en la planta baja en vez de en la segunda, por lo que ganaría unos segundos. Con unos cuantos pasos gráciles, esquivó los últimos charcos y entró por una de las puertas, girando a la izquierda y comprobando en la distancia si había gente en la entrada de su clase. Se recolocó el abrigo en el brazo y respiró aliviado al ver que todavía quedaban algunos alumnos charlando fuera; eso significaba que la profesora aún no había llegado.

—¡Felicidades, Jasper!

—Eso, feliz cumpleaños, tío —le dijeron algunos de sus compañeros al verlo pasar.

Él les chocó las manos para agradecerles que se hubieran acordado y entró en el aula, buscando con la mirada a su mejor amigo. No obstante, en la ojeada que echó no distinguió a Cédric. En las mesas de siempre alcanzó a ver el largo pelo de Shibani y a Connie a su lado, ya sentadas en sus sitios. Connie llevaba puesto su habitual chaquetón blanco y tenía las manos en los bolsillos. Shibani le contaba algo que parecía preocuparle, ya que tenía el ceño fruncido y la cara contrariada. Jasper no necesitó lanzar un vistazo al resto de la estancia para saber que era verdad. Tal y como le había dicho, Cédric no había ido a clase.

Con expresión de amargura, caminó hacia el pupitre que ambos compartían, situado tras el de las chicas. Ellas se levantaron al instante para felicitarle, llenándolo de besos, y Shibani pareció olvidar aquello que tanto le importaba para hablar con él un rato. Estaba a punto de preguntarle por Cédric cuando la profesora entró y tuvieron que dejar la conversación a medias: aquella era de las que comenzaba a dar la materia según ponía un pie en el aula, aunque los alumnos todavía no hubieran tenido tiempo de sentarse y sacar sus portátiles y libros.

Jasper escuchó y estuvo atento durante los primeros minutos, pero al cabo de un rato se descubrió más y más pendiente de su móvil. Contestó felicitaciones y, cada quince minutos, actualizó el Twitter de Cédric, aunque este no había tuiteado nada nuevo. Aquella era la única red social que su amigo utilizaba y a veces se desahogaba por ahí, pero en esta ocasión no dio señales de vida. Esperó impaciente para poder contarles las novedades a las chicas durante la pausa, aunque tuvo la oportunidad de decírselo durante el tiempo en que la profesora de Derecho y Relaciones Internacionales fue a su despacho para recoger unos documentos que necesitaba para explicar el siguiente caso práctico.

—¿Por qué nadie me cree? ¡Os lo prometo! —exclamó Jasper, elevando la voz después de detallarles todo lo que sabía, y se revolvió el pelo para intentar recolocararlo en su sitio sin demasiado éxito. Sus amigas lo miraban con aire de desconfianza—. Sabéis que no me gusta bromear con estas cosas... —continuó, y automáticamente ellas pusieron los ojos en blanco y negaron con la cabeza—. Cédric y Amanda han cortado de verdad —insistió, enfatizando las dos últimas palabras para ver si así surtían más efecto. Su táctica no pareció funcionar.

Sí, era consciente de que a veces se pasaba con las bromas, sobre todo dentro de su grupo de amigos más cercano, porque no paraba de tomarles el pelo. Pero él nunca se tomaba la vida muy en serio: creía firmemente que un día sin risas era un día perdido.

Una tranquila tarde en la que estaban los dos solos, Shibani le había dicho que creía que su personalidad se debía a su situación familiar. Sus padres tenían muchísimo dinero, vivían en la zona más rica de Edimburgo y definitivamente no les faltaba de nada..., pero apenas le hacían caso. Cuando no estaban en la otra punta del mundo relajándose en un hotel, se pasaban los días en la piscina climatizada del chalé, sin controlar cuándo su único hijo entraba o salía por la puerta de su propia casa, como si vivieran en una permanente luna de miel astronómica. Por eso, le dijo ella, dejándolo perplejo por su franqueza, él se dedicaba a llamar la atención de los demás gastándoles bromas para no sentirse solo. Shibani sabía leer a la gente y controlar cualquier situación como si ya hubiera analizado todos los detalles; Cédric siempre decía que tenía una especie de superpoder.

Entre las bromas pesadas más comunes de Jasper estaban esconderles los móviles para que pensaran que los habían perdido o falsificar un documento oficial de notas para asustar a Shibani porque su media académica había bajado una décima. Esta última la había llevado a cabo en varias ocasiones de diferentes maneras, y casi siempre colaba. Era tan fácil como descargar un documento de calificaciones antiguo y editarlo con Photoshop. Ni siquiera necesitaba tener conocimientos específicos del programa, sólo ganas de ver cómo su amiga se desesperaba por sacar menos nota de la prevista. O, directamente, no sacar matrícula de honor. Esta era su favorita, porque

Shibani enseguida se enfadaba. La chica tenía un expediente impecable, era la mejor de todo el curso y estudiaba sin cesar para mantener ese estatus. En medio de la tensa espera de las calificaciones finales era muy sencillo lograr que se creyera cualquier cosa. Además, al estar en su último año de carrera, las notas que sacaran entonces determinarían la media final con la que saldrían y la posibilidad de encontrar trabajo con mayor o menor facilidad. Quizás en clase la gente no compitiera, pero en el exterior, cuando llegase la hora de entrar en una firma de abogados, la competencia sería feroz.

Sin embargo, en esta ocasión lo que había dicho sobre Cédric y su novia era totalmente cierto: Cédric le había llamado por teléfono para contárselo. Bueno, mejor dicho, Jasper lo había llamado a él al ver que no contestaba ninguno de sus mensajes.

—Venga, Jasper, déjalo ya —soltó Shibani, intentando no sonar condescendiente. Se recogió su largo pelo oscuro en una coleta baja y se preparó para copiar el enunciado del siguiente caso práctico en cuanto la profesora entrara por la puerta.

—Vale —farfulló él, indignado—. Tú me crees, ¿verdad, Connie?

Esta se encogió de hombros, mostrándose indiferente. Cuando estaba en público, Connie apenas pronunciaba palabra, así que tampoco le sorprendió su silencio. Jasper no entendía cómo dos polos opuestos como ellas podían compartir tal amistad. Shibani era inteligente, extrovertida y mandona, siempre dispuesta a probar cosas nuevas y muy querida por sus compañeros del clase, mientras que Connie prefería mantenerse en un segundo plano. Era como si Shibani hablara por las dos. Eso sí, era la persona más generosa que jamás hubiese conocido. Si algún día había necesitado un favor, siempre había estado ahí para él.

Excepto en el día de su vigésimo segundo cumpleaños, ya que, al parecer, todos se habían puesto en su contra para no facilitarle las cosas. Para una vez que decía la verdad...

—Genial, gracias —refunfuñó, y se dio por vencido. Sabía que por más que insistiera no iba a lograr convencerlas—. Me da igual que no me hagáis ni caso. Yo sé lo que ha pasado de verdad, ya os disculparéis más adelante cuando descubráis que tenía razón desde el principio.

Cruzó los brazos, haciéndose el ofendido. Por un momento se planteó pedirle a Cédric que les explicara por su grupo de Telegram lo que le había ocurrido, pero enseguida lo descartó. No tenía que demostrar nada a nadie. Y si Connie, por quien sentía debilidad por su carácter dulce, no se había puesto de su parte, ¿para qué esforzarse por demostrarles a ambas que se equivocaban?

—Vamos a ver —saltó Shibani. Jasper sonrió de satisfacción al percatarse de que alguien le respondía por fin y volvió a animarse—. Si es cierto que Cédric lo ha dejado con Amanda, cosa que me resultaría indiferente... Quiero decir, me sentiría mal por él y eso, pero... El caso es que ¿en qué me afectaría a mí directamente? Es su vida, no la mía. Ya es mayorcito para hacer lo que quiera con ella... Y no te ofendas, Jasper, pero no eres su niño.

La sonrisa de Jasper pasó a la indignación en cuanto escuchó sus palabras. ¿Es que Shibani no se daba cuenta? Pues claro que no, pensó, porque estaba mucho más concentrada en la jerarquía del subrayado de sus apuntes según los colores que tenía en la mesa que en lo que iban a hacer esa tarde. Lo que no entendía es que Cédric hubiese elegido el peor día posible para cortar una relación de varios años: su cumpleaños.

Le había costado siglos convencer a sus tres amigos para celebrarlo esa misma tarde, y ahora Cédric lo había fastidiado todo. Después de tantas semanas de planificación y de gastarse una cantidad importante de dinero en reservar el sitio, todo se había ido a la mierda por culpa de su mejor amigo. Cuando les propuso la idea que se le había ocurrido para celebrarlo, Shibani requirió mucha insistencia para reprogramar su plan semanal de estudio y hacer un hueco en su apretada agenda. Por su parte, Connie, que era más aficionada a quedarse en casa absorbiendo detalles del mundo exterior mediante la comodidad de las redes sociales, también había acabado cediendo para salir de su zona de confort. Además, había hablado con su gran amigo de la infancia, Zac, para que los acompañara. El mínimo de participantes en la actividad que había reservado era de cinco personas y, si Cédric se echaba atrás por su nueva situación sentimental, todo el plan se vendría abajo. Tras varias semanas de organización, no se podía creer que fuera justo él quien los dejase tirados.

La profesora de Derecho y Relaciones Internacionales entró al aula en ese mismo instante y Shibani se preparó para coger apuntes en su portátil mientras Jasper observaba distraídamente cómo Connie tomaba alguna anotación esporádica en los márgenes del manual de Derecho Mercantil, la clase que tendrían a continuación y la que más gente suspendía.

En su último año de Estudios Políticos y Legales en la Universidad de Edimburgo, suspender no era una opción. Si no superaban una asignatura, se la llevarían a septiembre y tendrían que acudir a la ceremonia de graduación en junio sabiendo que, en realidad, todavía no tenían su título oficial. Jasper no sabía cuál de las opciones era

peor: si acabar pronto y seguramente no encontrar trabajo o terminar en septiembre y ser la burla de sus compañeros.

Hiciera lo que hiciera, el futuro más cercano parecía estar lleno de malas consecuencias.

 *Pasa a la página 19*

UNIVERSIDAD

En la siguiente asignatura, los alumnos se dividieron de cuatro en cuatro para rellenar unos documentos de prueba que estaban elaborando a nivel grupal y respondieron a unas preguntas por escrito. El profesor se llevó las hojas después de que terminaran, pero Jasper no se sintió mal por no haber aportado gran cosa a los demás. A la hora de ponerse serios y trabajar en clase, sabía que cada uno de ellos desempeñaba un papel y el suyo no era precisamente de los principales.

Shibani los coordinaba a los cuatro y se aseguraba de que todo estuviera perfecto y sin incongruencias, de manera que casi siempre sacaban la máxima nota gracias a su esfuerzo. Nunca fallaba en nada, tanto a nivel académico como personal, excepto por el hecho de que tendía a hablar muy alto, lo que le cohibía cuando se rodeaba de personas con las que no tenía confianza. Por más que procuraba bajar la voz, cuando se descuidaba volvía a alzarla. Aquello le venía de familia, aseguraba, ya que en la India la mayoría de la gente usaba un tono eminentemente superior al resto del mundo.

Cédric era un experto en buscar jurisprudencia, es decir, en estudiar casos antiguos en los que pudieran basarse para resolver los que les habían planteado en la universidad. Se metía en la biblioteca y podía pasar horas y horas dando vueltas, concentrado, hasta que encontraba la sentencia que necesitaba para cada caso concreto. Por su origen francés, era capaz de leerlas y analizarlas en dos idiomas, e incluso a veces se atrevía a probar con el español y el italiano, de manera que siempre regresaba con algún documento interesante bajo el brazo, aunque eso significara desaparecer durante uno o dos días enteros. El análisis de las resoluciones de cada caso y los fundamentos de derecho en los que se basaban era su especialidad y manejaba el lenguaje jurídico como si fuera su lengua materna.

El punto fuerte de Jasper era sus conocimientos informáticos. La facilidad que tenía para manejar decenas de programas distintos le permitía presentar los trabajos con una maquetación impecable. Además, sus dotes de oratoria al exponer las presentaciones frente a la clase eran envidiables. De hecho, cuando alguno tenía que ir a ver a un profesor para resolver alguna duda o pedir consejo, todos daban por supuesto que acudiría él. Y así era siempre, porque le encantaba. A pesar de ser escocés, controlaba a la perfección el acento británico y podía cambiarlo a placer... Algo especialmente útil para las bromas telefónicas.

Sí, Jasper no podía ser más diferente de Connie, cuya amabilidad sólo rivalizaba con su timidez. Cuando sonreía, sus ojos rasgados, característicos de su procedencia china, se estrechaban todavía más y su sonrisa deslumbraba. Cuando Jasper se pasaba de fanfarrón, ella aportaba una dosis de humildad y tranquilidad que agradaba a los profesores. Connie era ese tipo de persona que, al recibir un empujón por la calle, se disculpa sin pararse a pensarlo.

Desde que los cuatro chicos se sentaron cerca el primer día, siempre habían ido juntos a todas partes. Ya fuera en la cafetería o en la biblioteca, eran inseparables, algo peculiar en el ambiente competitivo de la universidad. De hecho, Cédric había comentado que la gente de su clase se podía dividir en dos grupos: los que querían caerle bien a Shibani para conseguir los mejores apuntes y los que la detestaban sin conocerla por envidia. En contraste, esa ausencia de rivalidad era lo que mantenía unido al grupo. Connie no se imaginaba estudiando con alumnos entre los que no encajara. Con su mejor amiga siempre a su lado y el buen rollo que aportaban Cédric y Jasper, nunca se sentía incómoda.

Al terminar la clase, recogió sus cosas en silencio y siguió a Shibani de camino a la residencia de estudiantes. El pequeño edificio donde ambas se alojaban tenía la ventaja de estar a un par de minutos de la facultad. Al ser el único escocés del grupo, Jasper seguía en su casa, un enorme chalé en las afueras, y Cédric había alquilado un piso para estudiantes a unos veinte minutos del campus. Le costó encontrar un lugar definitivo donde quedarse: tuvo que pasar por más de siete mudanzas entre compañeros de piso con gatos ariscos que le atacaban sin motivo, goteras apestosas e incluso ladrones que una vez entraron en plena noche y, al darse cuenta de que ahí no había nada que mereciera la pena, se marcharon con las manos vacías, dejándolo con un susto difícil de olvidar.

Jasper tomó aire e intentó relajarse, como si por un momento no hubiera hablado con Cédric y su conversación sobre Amanda nunca se hubiera producido. Se sentía enfadado y, sobre todo, dolido. Y lo más enervante de todo era tener que disimular su abatimiento para que nadie se diera cuenta.

Bajó las escaleras hasta la entrada principal con la mente en otro planeta. Tres chicos de su clase lo pararon para felicitarle y les dio las gracias con desgana. Vio que Connie y Shibani continuaban andando sin percatarse de que él se había quedado rezagado, así que se apresuró para alcanzarlas. Giró a la derecha para dirigirse a la puerta y, como de costumbre, al pasar junto a la estatua de mármol del fundador de la facultad cedió a su manía de mirarla a los ojos.

—Oh, venga, chicas —refunfuñó, impaciente—. Os digo totalmente en serio lo de Cédric. Estoy preocupado por él y por el plan que teníamos para hoy. Ya sabéis que si no viene...

—Jasper..., tenemos que irnos a la residencia y vamos con prisa, lo siento —se disculpó Shibani de forma estridente.

Ante ese tipo de respuestas, él siempre se mordía la lengua y se forzaba a recordar que, por muy desagradables que sonaran sus palabras, no las decía para hacer daño, sino porque era así como hablaba normalmente. No obstante, la diplomacia no siempre era fácil de conservar...

—Luego hablamos —susurró Connie. Le lanzó una sonrisa tímida.

Jasper asintió con la cabeza y ambas salieron, dejándolo con el resto de sus compañeros, que se apresuraban en hacer lo mismo. Las clases habían acabado, era viernes y todos se dirigían a algún sitio para celebrar el largo fin de semana que se avecinaba, dado que el lunes y el martes eran festivos. La atmósfera rebosaba de una alegría impaciente por los planes que todos tenían para los próximos días... Todos menos él.

Conforme pasaban los segundos, más fuera de lugar se sentía sin su grupo de amigos y teniendo que esquivar a compañeros que sólo

le habían hablado en lo que llevaba de curso para felicitarlo. Ya podía ser importante lo que Connie y Shibani se traían entre manos para que lo hubieran dejado solo.

—Fantástico —bufó cuando el último alumno de Derecho Internacional salió por la puerta—. A la mierda el plan. Es que lo sabía.

Estudiantes de otros cursos empezaron a salir de sus aulas, inundando el rellano de conversaciones alegres. Reconoció a un par a lo lejos y se escabulló para evitar que lo molestaran de nuevo. Aunque por un lado sentía que se estaba convirtiendo en un viejo malhumorado e irascible, por otro era como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para ignorarlo. En fin, a él siempre le pasaban cosas así: no en vano la única chica que quería que se fijara en él era la que se comportaba como si no pudiera resultarle más indiferente.

Sacó su móvil del bolsillo y vio que no tenía ninguna notificación que no fueran felicitaciones de sus familiares por WhatsApp..., y eso que ni siquiera solía usar la aplicación. Ninguno de los mensajes era de Cédric.

¿Y cómo iba a saber él entonces si pensaba ir a la *escape room* que había reservado unos días atrás? Cuando descubrió por internet la empresa que organizaba ese juego, supo que era perfecto para ellos cuatro; podrían librarse de toda la tensión acumulada durante la semana. Pero, claro, no contaba con que Cédric eligiera precisamente ese mismo día para cortar una relación de casi tres años. Y lo peor no era que su mejor amigo no pudiera estar ahí, sino que, si el grupo de participantes no alcanzaba el mínimo de cinco personas, no podrían acceder a la sala. Lo ponía claramente en la página web.

Esa *escape room* reunía las características generales de cualquier otra: una o varias habitaciones en las que los participantes disponían de sesenta minutos exactos para escapar. Aunque no estaban encerrados de verdad porque había un botón del pánico en caso de claustrofobia o malestar del jugador, la sensación era como de trasladarse a un universo paralelo. Pero lo más llamativo de esa *escape room* no era la mecánica del juego en sí, sino que estaba ambientada en el mundo mágico de *Harry Potter*. Y en lugar de en un local corriente, la empresa se situaba en un antiguo castillo en mitad de los bosques escoceses. ¿Podía ser aquello más impresionante y realista? Así debía de parecérselo a mucha gente, porque todos los días posteriores a su cumpleaños estaban ya ocupados: cuando hizo la reserva, sólo quedaba libre aquel viernes a las seis y media.

No, ahora el plan no podía venirse abajo.

Jasper salió de su embelesamiento y fue directo a la calle sin prestar atención a su alrededor, chocando de camino con un par de personas y sin molestarse en mirarlas para disculparse. Tenía que convencer a Cédric de ir como fuera. De hecho, hasta podía ser bueno para él. La sensación en el juego era de aislamiento total del mundo exterior y había tanta tensión que te mantenía alerta, ajeno a todo lo demás. No tendría tiempo ni para preocuparse por Amanda si mantenía su palabra de acompañarlos esa tarde.

Entonces, frenó en seco en mitad del campus, como si algo en su cabeza hubiera accionado el freno de emergencia. Había demasiadas cosas que no tenían sentido. Cédric, que jamás lo había dejado tirado, decidía terminar su relación estable y aseguraba que no podía acudir a la *escape room*. Las chicas, susceptibles, se habían largado corriendo nada más terminar las clases. Y ahora se encontraba solo

en el jardín frente a la facultad de Derecho, con una amargura justificable y un cielo que amenazaba con lluvia, pese a que las predicciones habían dicho lo contrario. Todo era excesivo.

Estaba claro que había sido un idiota en las últimas horas. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que le estaban preparando alguna sorpresa. Se mordió el labio, sintiéndose mal por haber sido tan brusco. ¿Cómo no lo había pensado antes? Seguramente lo llevarían a algún sitio antes o después de la *escape room* para tomar su comida favorita de todos los tiempos: las patatas fritas del Trixie's, un pub próximo a la residencia, donde habían pasado horas poniéndose al día después del verano.

La llamada de Cédric había sido demasiado realista y él sabía que no era muy buen actor... Pero sin duda los demás elementos cuadraban.

Una alegría inesperada le recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza, relajándole al instante los músculos. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que tenía los hombros encogidos, atenazados por la tensión.

Aunque estuvo tentado de escribirles por Telegram, al final decidió que la mejor estrategia era seguir haciéndose el indignado, como si no entendiera nada. Si le iban a dar una sorpresa, no le importaba tener que soportar un poco de drama hasta entonces.

Sintiéndose sorprendentemente optimista —y también hambriento al pensar en el Trixie's—, cogió su bici. Quería visitar a Cédric antes de pasar por su casa, aunque sabía que lo más probable era que su amigo estuviera encerrado en su habitación viendo películas francesas *indies* y ni se enterara cuando llamase a su puerta.

Echó un vistazo rápido para asegurarse de que no venía ningún coche y se incorporó, pedaleando desde el lado izquierdo de la calzada desierta. Siguió en línea recta y dejó atrás las casas a ambos lados con rapidez. Los árboles eran tan frondosos en los alrededores que apenas se distinguían sus fachadas y, en algunas zonas, se entrelazaban con los que estaban en el extremo opuesto de la carretera, creando una especie de bóveda contra los escasos rayos de sol que intentaban colarse.

Jasper adoraba aquella ciudad. Sus padres quisieron mudarse a Estados Unidos durante una temporada, ir a alguna población donde hiciera calor para evitar los días nublados como aquel, y por fortuna nunca dieron el paso. Él disfrutaba de la sensación del aire fresco pegándose a su piel al ir en bici a todas partes; ese frío soportable le despejaba, le hacía sentirse más vivo.

Redujo la velocidad hasta llegar al número doce de la calle y se detuvo en la misma puerta. Acto seguido, la aporreó con el puño. La casa era muy pequeña y estaba en una zona modesta situada tras un barrio residencial. Tenía dos pisos y un pequeño ático, y pasaba desapercibida por el color oscuro de su fachada. En la parte superior despuntaban las típicas chimeneas edimburguesas, ya más decorativas que útiles, y las paredes se hallaban surcadas por unas plantas verdes oscuras, casi negras.

Al no obtener respuesta, gritó el nombre de su amigo para que lo oyera por encima del sonido de la televisión, que se percibía desde fuera. Insistió un par de veces más, sin resultado. Retrocedió unos pasos, asegurándose de que había dejado bien encadenada la bici, para ver si las persianas de la habitación de Cédric estaban subidas.

Pero se encontraban cerradas a cal y canto, lo que significaba que estaba ahí, usando el viejo proyector de su padre, y las voces televisi-

vas de la planta baja eran sólo para despistar. Aquello indicaba que la situación era más grave de lo que Jasper habría imaginado.

Al cabo de varios intentos y llamadas a su móvil, cuando se sentía furioso y a punto de rendirse, un chico de pelo castaño y ojos color miel le abrió la puerta.

 *Pasa a la página 29*

CÉDRIC

—¿Qué quieres, Jasper? —fue la amable bienvenida de Cédric a su mejor amigo.

Con el pelo revuelto y la boca pastosa, apoyó el hombro en el marco de la puerta mientras lo observaba. No le sorprendía que Jasper hubiera ido a verlo al acabar las clases. De hecho, lo esperaba. Se trataba de una costumbre que tenían entre ellos: si uno de los dos se encontraba mal, el otro procuraba visitarlo y llevarle comida. Jasper acababa de incumplir esta última regla no escrita, pero a Cédric no le importó en absoluto verlo con las manos vacías porque lo último que quería hacer en ese momento era comer algo. Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago.

—Menos mal que me has abierto —respondió Jasper. Acto seguido, entró por su cuenta y fue directo a la cocina. Abrió la nevera con cuidado para que el asa no se desprendiera, ya que estaba algo despegada desde la fiesta que hicieron hacía un par de meses, y se sirvió un refresco y un sándwich. Luego volvió al salón, donde Cédric estaba mirando a ambos lados de la calle antes de echar dos veces la llave con actitud minuciosa.

—No van a entrar a robarte, lo único de valor que tienes es esto.
—Jasper elevó el sándwich como si fuera una ofrenda al cielo y le pegó un par de mordiscos. Después abrió su refresco y se dirigió a las escaleras para subir a la habitación principal.

—Ni se te ocurra —se quejó Cédric en cuanto puso un pie en el primer escalón—, está hecha un asco. Mejor nos quedamos aquí abajo.

—Vale, lo que tú digas —contestó Jasper con indiferencia—. Bueno, cuéntame con más detalle. ¿Has vuelto a hablar con ella?

Él hizo un gesto de asentimiento mientras ambos se encaminaban al salón, donde había un par de sofás y una mesa de cristal llena de latas medio vacías y restos de comida. Esa zona era la más fría del edificio, ya que se hallaba al lado de la puerta y había dos ventanas, una a cada lado, bastante viejas. Como cerraban mal, el viento se colaba entre las juntas de madera, silbando incluso cuando soplaban sin fuerza.

Cédric se sentó en el sofá granate, frente a Jasper, observando cómo este le daba un mordisco feroz al sándwich.

—Me sigue culpando por muchas cosas, pero tenía que terminar con esto. Nuestra relación era destructiva. En vez de complementarnos, nos enfrentábamos hasta por lo que teníamos en común... Después de tanto tiempo... Tres años y cuatro meses, Jasper, en los que yo di muchísimo más que ella. ¡Y tú lo sabes! ¿Te acuerdas del viaje a Oxford? —preguntó, abriendo mucho los ojos. Esperaba un gesto de atención por parte de su amigo que no tardó en obtener, como muestra de apoyo—. En fin —dijo, cambiando de tema y pasándose las manos por el pelo, revolviéndoselo todavía más—, no quiero aburrirte. ¿Qué tal las clases?

Jasper hizo un mohín. Le sorprendía que Cédric estuviera tan hablador después de haberlo ignorado durante todo el día, pero prefirió no mencionar su ausencia a lo largo de la mañana.

—Ni se te ocurra preguntarme por las clases, tío... ¿De verdad estás bien? —insistió. Como no estaba seguro de si la ruptura era real o parte de la sorpresa, decidió no jugar con aquello. Conocía muy bien a su amigo y le extrañaría que hiciera algo así, que se inventara una ruptura y estuviera fingiendo. Era consciente de lo mucho que Amanda significaba para él y, aunque que no la apreciaba demasiado, sabía que la decisión sobre si era adecuada no le correspondía a él, sino a Cédric—. Me has preocupado por teléfono y verte con este aspecto no me deja más tranquilo. ¿Te has duchado?

Cédric se limitó a soltar una carcajada. Con las pintas que llevaba, la pregunta sobraba. Su ropa era una mezcla entre prendas de andar por casa y pijama, y tenía tan sucio el pelo que parecía que no se lo hubiese lavado en varios días.

—No te preocupes, tío. La vida es así, y créeme que, si te has dado cuenta de que lo mejor es seguir cada uno su camino, os estáis haciendo un favor a los dos. Ella iba a marcharse en cuanto terminara la universidad a Australia, y tú...

—Odio Australia y aquí tengo más posibilidades de encontrar trabajo —murmuró, como si fuera algo que estuviera cansado de repetirse mentalmente—. Lo sé. Creo que he hecho lo correcto, ¿sabes? A pesar de que hayamos convivido tanto tiempo juntos, algún día tenía que llegar este momento... Lo que pasa es que no me apetece ahora salir de casa y hacer como que nada ha ocurrido. No es mi estilo, prefiero... torturarme entre cuatro paredes y darle vueltas a todo hasta caer muerto en la cama y dormir once horas seguidas o

algo así. Ya sabes. —Las últimas palabras no sonaban especialmente prometedoras.

—¿Cómo que no es tu estilo? Tío, mira, nada te va a venir mejor para desconectar que venir a la *escape room* esta tarde. No me jodas, que ya hemos pagado el adelanto y, si no somos cinco, no podremos entrar.

—Seguro que encontraréis a alguien a última hora; total, ya está pagado, no creo que os dejen tirados, ¿no? Me da igual perder el dinero, Jasper; compréndeme. —Se pasó la mano por la cara. Tenía ojeras, probablemente de haberse pasado toda la noche al teléfono con Amanda—. Quiero quedarme en casa, con mis cosas, tranquilo... —Señaló a su alrededor, consciente del desastre que reinaba ahí—. No te lo tomes a mal, pero ahora mismo me importan una mierda los planes que hicimos hace un tiempo. Quiero estar solo.

El tono de Cédric había cambiado de desesperación a enfado en unos segundos, y eso no le había gustado a Jasper. Entonces cayó en la cuenta de que ni siquiera lo había felicitado en persona.

—Joder, ya lo sé, y lo respeto —soltó el cumpleañosero, intentando no tener en cuenta esta última apreciación y no ponerse borde—. Pero lo mejor para ti sería venir, dar una vuelta, distraerte en la *escape room*. ¡Piénsalo! Sólo te pido eso. Consejo de tu íntimo amigo, el mejor del universo. No me digas nada ahora.

Jasper ya no sabía cómo convencerlo y prefería un «no lo sé» o «tengo que pensarlo» a un «no» rotundo. Además, seguía dudando sobre si aquello era una actuación o la realidad, porque si antes había supuesto que todos sus amigos estaban compinchados en una sorpresa, ahora empezaba a creer que de verdad se trataba de lo segundo.

Sin embargo, parecía que Cédric había llegado a ese punto de no retorno en el que es imposible persuadir a una persona. Le pasaba lo mismo siempre que intentaba convencer a sus padres para ir de vacaciones, aunque fuera a sitios tan cercanos como España o Francia. Su madre titubeaba durante un día, pero luego se negaba rotundamente porque volar le daba pavor. Y de ahí no había quien la moviera: a pesar de tener más dinero que el resto de familias de su barrio de pijos, dinero con el que podrían viajar a cualquier parte del planeta, seguía en sus trece. A veces se iba de vacaciones con su padre, siempre dentro de la isla y en coche o en tren, y cuando ambos se marchaban a algún punto de Escocia, Gales o Inglaterra, Jasper ya no les veía la cara durante dos meses, como mínimo. Si se iban de viaje, se iban de verdad.

—Bueno —lo intentó por última vez, y se frotó las manos por lo nervioso que le estaba poniendo la actitud de su mejor amigo—, reflexiona sobre todo lo que te he dicho y me envías un mensaje cuando lo sepas, y espero que sea diciendo que te has dado cuenta de que tengo razón y que no puedes quedarte aquí todo el día. ¿Vale?

Recogió la basura que se había acumulado en la mesa y la tiró junto con su lata vacía a una papelera atestada de bolsas de patatas y botellines de cerveza. Luego echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Cédric.

—A casa. Tengo que arreglar unos discos duros y los chavales que me pagaron no pueden esperar hasta el lunes. Si los tengo listos hoy, les diré que vengan a recogerlos cuando volvamos de la *escape room*. Y sí, contigo. —Enfatizó la última palabra, como si fuera su apuesta final para convencerlo de ir con ellos y no aislarse.

Le dio un apretón cariñoso en el hombro a Cédric, salió y montó en la bici para emprender el camino hacia su casa. En realidad, tenía

un coche que le regalaron sus padres al comenzar la universidad, pero no podía usarlo porque era incapaz de ponerse en serio con el carné de conducir. Así que, mientras el regalo de varios miles de libras acumulaba polvo en el amplio garaje familiar, se movía en bicicleta por toda la ciudad, disfrutando de cada trocito de verde que el clima y la tierra le regalaban.

¿Cómo podía Cédric encerrarse como un hurón con todo lo que había fuera?

Cuando entró en el garaje, ató la bicicleta donde la guardaba siempre y divisó a sus padres a lo lejos, en el jardín. Estaban en unas tumbonas con mantas al lado de la piscina, con la música a tope y probablemente sin plantearse siquiera que su hijo podía haber vuelto a casa. Subió las escaleras de dos en dos hasta su cuarto y esperó a que llegara el mensaje de su amigo mientras se daba una ducha.

Jasper aún tenía la esperanza de que cambiara de opinión y se uniera a ellos por su cumpleaños. No obstante, con cada minuto que pasaba, más improbable parecía su asistencia.



Jasper recibe el mensaje: Cédric ha decidido acompañarlos. Pasa a la página 35



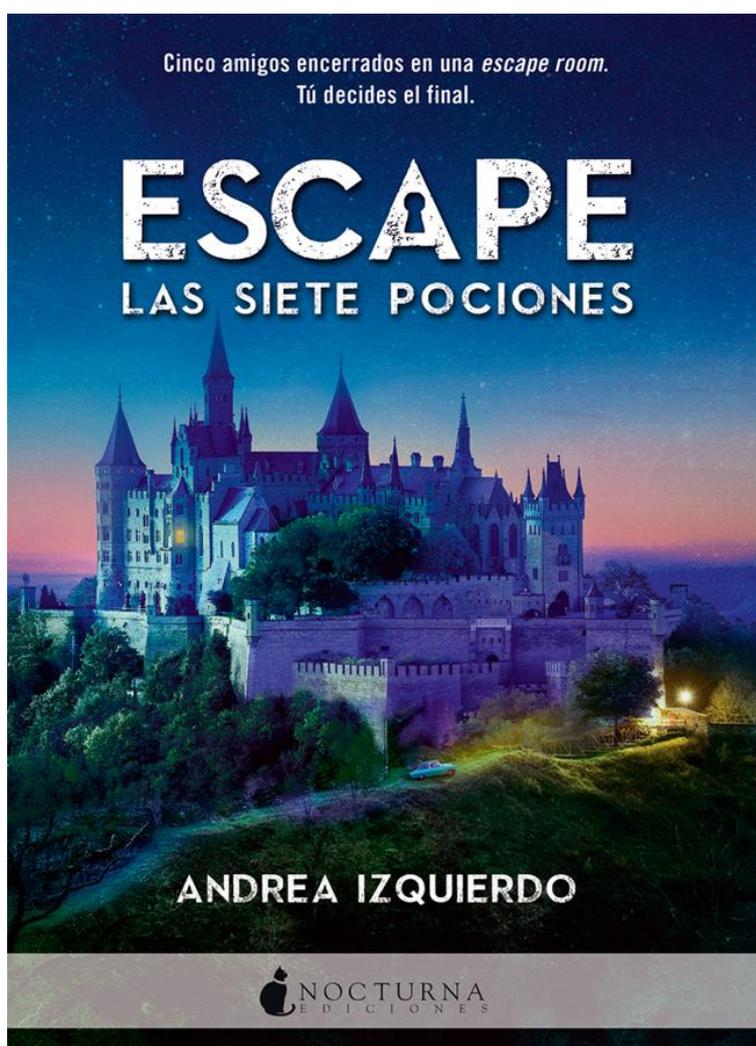
Jasper no recibe el mensaje: Cédric no los acompañará. Pasa a la página 47

SIGUE LEYENDO

ESCAPE

LAS SIETE POCIONES

Andrea Izquierdo



ISBN: 978-84-16858-40-8 | PVP: 16,00 € | A la venta: 2-4-2018

«Andrea Izquierdo maneja el misterio con una maestría innata. Pasar la página es prepararse para una nueva aventura».

Rebeca Stones, autora de *Timantti* y *Ocho*

«Una historia de intriga que obligará al lector a enfrentarse a arriesgadas decisiones».

David Lozano, autor de *Hyde* y *Desconocidos*

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com